



NICOLÁS
REYES SÁNCHEZ

XLVII

PREGÓN DE LA
SEMANA SANTA DE AYAMONTE

2014





XLVII
PREGÓN DE LA SEMANA SANTA
DE
AYAMONTE

6 DE ABRIL DE 2014

Pronunciado por
Nicolás
Reyes Sánchez



EDITA:

Agrupación de Cofradías y Hermandades de
Semana Santa de la Ciudad de Ayamonte

FOTOS:

Nicolás Reyes Rueda
Rafael Jacinto Díaz Macías

IMPRIME:

Artes Gráficas Bonanza, S.L.

DEPOSITO LEGAL:

H 34-2002



BIOGRAFIA

- † NICOLÁS REYES SÁNCHEZ
- † Sevilla 31 de Mayo de 1975
- † Segundo de cuatro hermanos del matrimonio formado por Nicolás y Adela.
- † Casado con María Bella Díaz Castellano en el año 2006.
- † Curso mis estudios en el Colegio Público Rodrigo de Xerez y en el Instituto de Formación Profesional León Ortega.
- † Actualmente ejerzo mi labor profesional como Administrativo en el Registro de la Propiedad de Lepe.
- † Miembro fundador del Grupo Joven de la Hermandad Sacramental del Santo Entierro en el año 1994, soy miembro de su Junta de Gobierno desde el año 1999 ejerciendo el cargo de Secretario, desde noviembre de 2011 soy Hermano Mayor de la misma.
- † Pregonero de la Pontificia Real e Ilustre Hermandad Sacramental y Archicofradía de Nazarenos del Santo Entierro, Descendimiento de la Cruz y Nuestra Señora del Mayor Dolor en el año 1999.



- † Presentador de la Exaltación de la Saeta que organizaba la misma Hermandad en el año 2000
- † Mantenedor de los Actos de Agrupación de Cofradías en el año 2004.
- † Presentador de la Revista Oficial de la Semana Santa de Ayamonte en el año 2011.
- † Presentador de la Revista “Las Angustias” en el año 2012.
- † Costalero del paso del Descendimiento de la Cruz desde 1993 hasta 1996.
- † Costalero del Paso de Nuestra Señora del Mayor Dolor desde 1997 hasta 2011, excepto en el año 2000 que formé parte del equipo de capataces.
- † Actualmente formo parte de las cuadrillas de Jesús Resucitado, desde su fundación, y de la cuadrilla de Nuestro Padre Jesús de la Pasión desde el año 2012.



PRESENTACIÓN

*El don, que sobre ti cae
Al llegar la primavera
Cae sobre ti a la primera
Y puesto que tú lo sabes
Con esa belleza juegas*

*Y la luz que ha de traer
Este Domingo de Señas
Viene con toda la fuerza
De este nuevo amanecer
Para encalar tu Ribera*

*Porque Ayamonte le falta
Lo que todo hombre sueña
Una fuerza verdadera
Y una nueva esperanza
Todo lo que Dios te entrega.*



Hoy Domingo de Señas, Nico, ten presente las palabras de Don Alonso Quijano, a su leal amigo, cuando le dijo: “La Libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos, con ella no pueden igualarse los tesoros que la tierra encierra ni el mar encubre” Pues el hombre en libertad puede expresar su pensamiento y a ti te honra el que hoy tu pensamiento, se haga pública palabra.

Y junto la libertad, la palabra, para usarla desde el convencimiento. Por ello este atril que hoy te ofrece el pueblo de Ayamonte, úsalo desde el respeto y la dignidad que merece pues:

Es de justicia recordar/al que ande despistado/que esto... no es la barra de un bar

El este atril regio, osado, al que llegas hoy voluntario desde la sencillez más íntima, es para llegar:



*A todo el mundo cofrade
Como hombre de hermandad
Y persona de la calle*

*Un mensaje que sin ser
Osado ni retrógrado
Renueve y haga sentir la fe*

*Y si la fe va sobre un paso
Al llegar la Semana Santa
¿Por qué no aprovecharlo?*

*Hoy viene a pregonarnos nuestra Semana Santa
Un cofrade de hermandad hoy...*

*Pero que ayer con un grupo
De jóvenes y amigos
En su hermandad se hizo hombre
Con la ilusión de un niño*

*Una hermandad centenaria
En la que es hermano mayor
Además de por convicción
Seguro que mal le iría
Si fuese por obligación*

*Y si Clemente Montagut
Te deja como legado
Casi a seiscientos hermanos
Nico, es porque cree que tu
Estás más que capacitado*

Un hombre de familia hoy...

*Que llegó desde Sevilla
Así que no es despectivo
Sin que suene muy osado
¿Qué te diga Sevillanito?*

*Treinta años en Ayamonte
Y un principio verdadero
La familia lo primero
Lo dice todo aquel que conoce
Que ante todo eres bueno*

*Pues me cuesta imaginar
Que tu y tus hermanos*



*Os hicierais daño
Y os dejarais de hablar
Antes que daros un abrazo*

Un costalero de cuadrilla hoy...

*El sentirse costalero
Bajo el señor del Pasión
Es renovar su ilusión
El miércoles, en el Convento
Cuando le rezan el Credo*

*El sentir con sus amigos
Que Dios sí que resucita
En la mañana bendita
Además sobran sonidos
Si de la Resurrección eres testigo*

*Y con más amigos vuelves
El Domingo del Salvador
Por la Villa con el Señor
Porque costalero eres
Y costalero te sientes*

*Se está cumpliendo la tradición
Ya Jesús está en la Villa
Terminaron los ensayos
Y la plata más que limpia
Las túnicas aireadas
El sol más que nunca brilla (o no)
Los palios en las iglesias
A la Virgen ya cobijan*



*Se cumple la tradición
Ya espera tu familia
Junto el pueblo de Ayamonte
Aquí está el amor de tu vida
Para que pregones su Pasión
Para que brote la semilla
De esta nueva primavera
Que juntos vamos a vivirla...*

Con todos ustedes el pregonero de la Semana Santa de esta Muy Noble y Leal Ciudad de Ayamonte, Nicolás Reyes Sánchez.

Calixto Juan Pérez González

*A mi mujer, el amor de mi vida.
A mis padres, orgulloso de ser su hijo.
A mis hermanos, mi familia y amigos,
por estar siempre ahí.
Al Ayamonte cofrade.*

INTRODUCCIÓN

Así empezó todo, a mi mente vienen recuerdos de mi niñez al escuchar marchas como Perdoná tu Pueblo, La Salve o La Santa Espina, desde pequeño estos sonidos han estado dentro de mí.

Marchas que están interpretadas por la Banda de la Segunda Comandancia Móvil de la Guardia Civil de Eritaña, banda que marca un hito dentro de la Semana Santa sevillana, pues se crea el estilo de la Agrupación Musical y a la que perteneció mi padre como componente.

Así empezó todo, aquel niño con no más de seis o siete años, que escuchando en casa estas marchas, jugaba con sus hermanos a los pasitos con sillas de enea por el pasillo de su casa, ese niño que no sabe cuando empezó a darse cuenta de la grandeza de esta gran tradición y de lo que significaban las imágenes dentro de nuestra Semana Santa. Con esa edad sólo recuerdo trabajaderas, faldones, jugar a ser costalero, esperar expectante los pasos y rezar para que se parara justo delante mía, ese niño que sin saberlo había recibido de sus padres, el más maravilloso de los regalos, el amor por la Semana Santa.



Y es que no podía ser de otra manera, mis padres naturales de Sevilla, amantes de Sevilla y por supuesto de la Semana Santa, hasta el punto que su amor fue bendecido por el Señor de Sevilla y es que el Señor del Gran Poder fue testigo de su enlace matrimonial, nos inculcarán a mis hermanos y a mí esta bendita tradición tan arraigada en nuestra tierra.

Siempre habéis intentado que tanto mis hermanos y yo vayamos siempre por los caminos del Señor y cerca de Él, nunca nos habéis dejado solos en los momentos difíciles de la vida. Gracias a ustedes aprendí a amar a Dios en el Santísimo Sacramento del altar, a cómo querer a la Madre de Dios, a crecer como persona.

No puedo sino detenerme un instante para daros mil gracias por todo lo que habéis hecho por nosotros y por esta elección de vida cristiana y pediros que disfrutéis de este momento.



Y quiso el destino que no perteneciera a ninguna hermandad sevillana, quiso el destino, que aunque naciendo en Sevilla, no haya vivido su Semana Santa completamente.

Quiso el destino que mi padre la primera vez que viniera a Ayamonte, fuera para desfilar tras el paso de Nuestro Padre Jesús de la Pasión. Pasión que hoy eres parte fundamental en mi vida.

Quiso el destino que por la profesión de mi padre, fuera Ayamonte nuestra casa para siempre y me hiciera un ayamontino más conocedor de sus tradiciones.

Y porque así lo quiso Dios, vi los paisajes de este Ayamonte milenario, infinito, ancho como el océano que te baña y eterno como la noche.

Ayamonte, ciudad que tanto eres y fuiste, de tan hondas raíces.

Que le hablas de tu a tu al cielo y que te extiendes hacia la mar con el agua de tu Guadiana.

Crisol de culturas, siempre elegante, profunda en el sentir, decidida en conquistar a todo el que por primera vez pisa tu suelo, armónica en el crear, abierta a todos y para todos, celosa de tu espíritu, respetuosa y sincera, artística en el pintar y poética en el expresar.

Anduve por tus calles adoquinadas de La Villa, vi tus atardeceres que tiñen La Ribera de cobre y jugué en La Laguna entre bancos y palmeras y por el Paseo pasee en noches de primavera.

Ayamonte, el tiempo, el destino, una llamada, no se... me dan la oportunidad de pregonarte y devolverte algún suspiro.

Y clavé mis ojos en los tuyos que son los ojos de un vivir eterno.

No recuerdo con nitidez cuando me enamore irremediabilmente de tu mirada.

Esa mirada que me da el auxilio, supe desde ese momento que podría recurrir a ti cada vez que me abatiera.

Al verte tuve el convencimiento que contigo siempre tendría el amparo, aunque alguna vez te fallara e incluso te negara.

Tú siempre me acogerías en tus brazos de madre, con esa sonrisa serena que alumbra tu real belleza.

Supe que serías mi faro, mi horizonte y mi guía y que siempre me reconfortarías al entrar en tu capilla.



*Virgen del Mayor Dolor,
Reina y Excelsa Señora
Fanal de eterna dulzura
Lucero de luna clara
Manantial de hermosura
de lo creado la perfección
Virgen Inmaculada y Pura
Sin pecado desde tu concepción
Hoy te pido madre mía
Que me des fuerza y templanza
Que no me tiemble el semblante
Que no se rompa mi voz
Que te quedes a mi lado
Y me guíes en mi pregón*





SALUDA

Señor Director Espiritual y Superior de los Padres Paúles de Ayamonte.

Señor Alcalde Presidente del Ilustrísimo Ayuntamiento de Ayamonte.

Señor Presidente, Secretario y Junta de Gobierno de la Agrupación de Cofradías y Hermandades de Semana Santa de la ciudad de Ayamonte.

Hermanos Mayores de las Hermandades de Penitencia y Gloria de esta Muy Noble y Leal Ciudad

Una vez hechos los saludos de rigor, no tengo más remedio que por impulso de mi corazón, iniciar un capítulo de agradecimientos.

Gracias a la Junta de Gobierno de Agrupación de Cofradías y al pleno de Hermanos Mayores, por haber pensado en mí y haberme elegido pregonero de la Semana Santa de mi pueblo, para mí es un orgullo y espero cumplir con vuestras expectativas.



Gracias Cali, quien me iba a decir que aquel niño que veía en casa de tu abuela aquel verano de clases particulares, iba a ser uno de mis mejores amigos en mi vida personal y una de las personas más importantes de mi vida cofrade, tanto dentro como fuera de nuestra Hermandad. Eres una gran persona y mejor cofrade, eres joven pero has demostrado con creces tu valía como Mayordomo de nuestra Hermandad. Te doy las gracias por estar hoy aquí. Se que has hecho un gran esfuerzo al aceptar ser mi presentador que se multiplico por 20 el día que te dije que tenías que venir de chaqué, por todo, gracias una vez más.

A mi Junta de Gobierno que ha permitido que en estos días de trabajos en nuestra Cofradía, haya tenido tiempo para ensayar este pregón, gracias por estar aquí compartiendo este momento conmigo, por vuestras muestras de cariño durante todo este año.



Gracias a mi mujer, mi compañera, por tu ayuda y comprensión en todos los días en los que he estado escribiendo mi pregón, gracias también por entender mi pasión, pasión que compartimos por la Semana Santa, si no fuera así no podría dedicarle tantas horas a mi Hermandad, gracias por ser el bastón sobre el que me apoyo y el puerto en el que siempre me cobijo.

A mi familia, gracias por vuestra comprensión, ayuda y cariño gracias por vuestro afecto y generosidad desde el mismo instante en que me nombraron pregonero.

Gracias a mis amigos que me acompañáis en este día tan importante para mí.

Y a todos cofrades ayamontinos que en esta mañana gloriosa de Domingo de Señas, habéis venido a escuchar mi pregón.

Hoy tengo la difícil tarea de aclamar las excelencias de mi pueblo.

Hoy tengo el deber de contar cómo Ayamonte vive lo que hace más de veinte siglos sucedió, cómo Dios hecho hombre fue, prendido, juzgado y condenado a muerte por la salvación del hombre, que vino al mundo para redimirnos, que murió en la Cruz y que resucitó al tercer día y cómo vivimos los dolores de su bendita madre.

Siempre había pensado que cada año en Domingo de Señas, vendría a este teatro Cardenio a escuchar las vivencias de cofrades ayamontinos y empaparme de sus devociones y sentimientos.

Pero a la vista está que en ocasiones, el destino cambia el rumbo de nuestros pensamientos y hoy este Domingo de Señas de 2014, soy yo el que se encuentra aquí delante de vosotros para hablaros de algo, que sin dudas, muchos de los que estáis aquí, sabéis mejor que yo.

Me presento ante vosotros, reconociendo que no existen en mi, elementos ni cualidades suficientes para exaltar el mayor baluarte de tradición y de Fe que tiene nuestra ciudad.

Pregonar es anunciar un acontecimiento importante, algo que marca las vidas de las personas o de un pueblo.

Pero para poder pregonar los días de dolor y sufrimiento, de soledad y entrega, de muerte y de Resurrección del Señor, tenemos que trasladarnos, sin lugar a dudas, a los dos primeros pregones que relatan los dos momentos más importantes de la vida de nuestro Señor Jesucristo.

El primero de ellos, el pregón de la Navidad, cuando el Ángel del Señor se apareció a los pastores para anunciarnos el nacimiento del Mesías.



“No tengáis miedo, os anuncio una gran alegría, una buena noticia, hoy en la ciudad de Belén, os ha nacido un Salvador, el Mesías, el Señor”.

Y el segundo, el pregón que dio el Ángel Pregonero de la Resurrección, que anunció a todos y para siempre el triunfo de la vida sobre la muerte:

“No busquéis entre los muertos al que vive, no está aquí, ha resucitado”.

Hoy, en este teatro que nos acoge tengo el deber de pregonar que el hijo de Dios es el centro de nuestra historia.

No sé si este pregón será el que más os guste, pero yo si espero que sea el que esperáis, el que me nace de este corazón de cofrade, que hace que me sienta a gusto en este atril, sólo eso es lo que ansío.



Ya se empieza a respirar un aroma diferente, el sol cada vez se esconde más tarde y las mañanas son más luminosas y menos frescas.

Amaneceres suaves y atardeceres eternos, explosión de sensaciones que anuncian una certeza inminente.

Ayamonte siente que la primavera va llegando, el campo empieza a vestirse de colores y nosotros nos vamos llenando de una inquietante y añorada ilusión.

Siente que se va terminando el tiempo de las vísperas que no comienzan en cuaresma sino que empiezan cuando se lleva a cabo la “desarmá” de la última parihuela.

Vísperas que vivimos durante todo el año pues vamos preparando la Semana Santa con los cultos y actividades que marcan nuestro especial calendario.

Vísperas que empezamos allá por el mes de Mayo, el mes de María, el mes de las flores cuando le rendimos culto a Nuestra Señora de la Salud.

Vísperas cuando en el mes de junio rendimos culto al Santísimo Sacramento del Altar en la festividad del Corpus Cristhi.

Vísperas que estallan en júbilo cuando la Virgen ayamontina que mas devoción conmueve, sale a las calles entre aromas de nardo y sal.

Vísperas de septiembre cuando exaltamos al Santísimo Cristo de la Buena Muerte en el trono de la cruz y celebramos la festividad de los Dolores de nuestra bendita Madre, Nuestra Señora del Mayor Dolor y lo culminamos con el Socorro de la Madre de Dios.

Vísperas de Octubre cuando acompañamos a nuestra madre del Rosario que sale de su Templo iluminada de antorchas para visitar a nuestros mayores.

Vísperas cuando recordamos a nuestros difuntos y nuestras dolorosas se visten de luto riguroso, al mismo tiempo que la Amargura de Nuestra Señora se viste de blanca cal.

Vísperas cuando llega el adviento y el frio llega a nuestra ciudad y anunciamos la Inmaculada Concepción de María con Soledad y Salud y celebramos la expectación de María Santísima de la Esperanza del Mar.

Vísperas de Navidad, cuando celebramos el nacimiento del niño Dios, el principio de todo, cuando el primero de enero decimos que María es Madre de Dios y cuando el niño Dios se da a conocer el día de la epifanía ante los Reyes Magos.



Vísperas de Enero cuando en el templo de las Angustias reluce la Paz.

Vísperas que nos llevan hasta nuestro Señor Cautivo el primer viernes de Marzo.

Vísperas que se hacen mas llevaderas cuando llega la cuaresma, tiempo de oración, reflexión, meditación sobre nuestras acciones, pero a la vez de ilusión porque el cofrade sabe, que la Semana Santa se acerca y la cuaresma no la vive con tristeza, sabemos que el final no es la oscuridad sino la luz, que no es la Cruz, sino la Resurrección y no son las lágrimas de María, sino la alegría de una madre al sentir que su hijo ha Resucitado y nos alegramos cuando empezamos a ver los primeros carteles anunciadores y los actos cuaresmales se suceden.



Ayamonte se transformará en un enorme cuadro, donde cada día surgirán escenas que nos servirán para prepararnos a vivir los momentos más duros del peregrinar de Jesús de Nazaret por este mundo.

Pero los cristianos cofrades preparamos nuestra cuaresma con la seguridad de saber que se aproximan nuestros días grandes.

Los trabajos en nuestros Templos se intensifican y celebramos cultos a nuestros titulares. El calendario se llena de citas que no podemos ni debemos perdernos.

Colgamos de nuestros cuellos las medallas de nuestras hermandades, símbolo de nuestra pertenencia a nuestras cofradías para toda la vida.

Y seremos testigos del modo de reproducir el dolor y sufrimiento del Señor, o las lágrimas de amor de la Virgen, del

cielo azul cobalto o la negra oscuridad tenebrosa, del sol y las sombras, de las estrellas de la noche que preside la luna del Parasceve, del río que se enjoya con collares de blancas perlas para que las aguas copien la amarga pena de María o para que Cristo muera a la caída de la tarde, porque por encima de todo esto, bello y hermoso, atractivo y pleno de contrastes, siempre estará Ayamonte, que no se agota, que no se resiente en poesía y arte, cuando se duerme mecida al compás de marchas procesionales o que despierta con el pellizco de una saeta sentida. Ese Ayamonte que siempre acudirá a la cita, a la llamada del arte, al olor del azahar o el clavel que se envuelve con el aroma del incienso, para con todo ello embriagar a los siglos venideros, porque la Semana Santa siempre será inmortal y eterna.

Las túnicas se plancharán para el día que ya está próximo, rito cofrade que se hace nuevo cada año como una liturgia.

Las cuadrillas de costaleros ensayarán sus recorridos, midiendo hasta el último detalle.

En estos días viviremos una verdadera catequesis, la iconografía de nuestros Cristos y Vírgenes, han sido signo de devoción a lo largo de los años en nuestra ciudad.

Porque es catequesis el enorme mosaico que supone la armonía de nuestros pasos.

Es sin duda catequesis la perfección plena y absoluta que se hace milagro cada año y que llena nuestros templos del más hermoso museo de la divinidad de Dios y de su Santísima Madre.

Verdadera catequesis es la iconografía de nuestros Cristos y Vírgenes, por que han sido el verdadero fruto de fe y devoción de siglos en nuestra ciudad.



Lo que fue deseo ya es realidad, la luz irá jugando su juego de tonos e intensidades con cada una de las horas de cada uno de los días de nuestra Semana Mayor, la luz que lo envuelve todo que siempre es la misma pero siempre diferente.

Comencemos por olvidarnos de las luces grises, esas que pudieran adueñarse del cielo ayamontino, si la temida borrasca nos visita, haciendo su aparición no deseada, olvidémonos de esa luz y de la lluvia siempre posible y siempre temida a la que Ayamonte se está acostumbrando a vestir años tras año.

Y centrémonos en la luz limpia que nos regala la mañana del Domingo de Ramos, la luz plena de las primeras horas, cuando esta a punto de salir el Señor de la Mulita cuando la luz aún no ha lucido su brillo, cuando aún el sol empieza a situarse en lo más alto del cielo ayamontino, luz inigualable que hace centellear las palmas con dorados reflejos que iluminan de oro la mañana.



O en la luz que nos ilumina en el gran día del amor, la luz del Jueves Santo, el día más grande del año litúrgico, el sol radiante cubre a Ayamonte con vestiduras de oro, luz de acción de gracias porque Cristo ha venido para quedarse con nosotros en el sacramento de la Eucaristía.

O la luz del Viernes Santo, luz siempre distinta, luz plomiza y fúnebre, luz que nos anuncia que es un día de dolor, un día de muerte, un día de oscuridad, día que sería triste si esa misma luz no presagiara la luz blanca de la Pascua en el horizonte.

O en esa luz que se vuelve amarillenta, cuando la media tarde cae sobre nuestro pueblo y el horizonte se va llenando de ocres y sombras difuminadas que reciben a los nazarenos de nuestras hermandades, luces de nuestra Semana Santa,

luz de la cera caliente como cosa viva, con pulso y respiración cuando chisporrotea al fundirse. Luces compañeras de la candelera de los pasos de palio. Luces que el sol, la luna o las estrellas encienden para que las puntas luminosas de los cirios sean balizas de caminos penitentes, respuntes de llamas y pellizcos de luz en el negro terciopelo de la noche.

Por eso cofrades ayamontinos disfrutemos de los días de la luz, de la luz plena de la mañana resplandeciente del Domingo de Ramos y de Resurrección, hasta las luces últimas de la tarde o la luz sin luz de las horas nocturnas. La Semana Santa será para nosotros, que vamos a tener el gozo de vivirla, un milagro luminoso, una apoteosis de luz.

Luz que veremos reflejada en los rezos y plegarias

*En el racheo de los costaleros
en el andar de los penitentes
en el olor a incienso y a azahar
en las levantas que van al cielo
en los silencios que estremecen
en las promesas cumplidas
Porque ocho días hay en el año
Que relucen más que el sol
Los días en que Ayamonte
Por las calles y sus plazas
Rememora la Pasión.*



TRADICIÓN

Y que me decís de la luz de la luna del Parasceve, la luna llena más deseada por todos los cofrades y que ilumina las noches de más tradición y que más arraigo tienen en nuestra ciudad.

La noche siempre hace que las percepciones de los sentidos sean distintas, hace que vivamos más intensamente aquello que vemos y que oímos.

Las noches de Semana Santa, piden recogimiento y contrición, rezo y plegaria.

Hay muchas noches en nuestra Semana Santa, la noche que apaga la inocente mañana luminosa del Domingo de Ramos, cuando Amor y Salud inundan nuestras calles, la noche que con el esparto ceñido a la cintura nos anuncia la Buena Muerte de Cristo, la noche que nos llenará de Esperanza invadiéndonos de brisa marinera, la noche que nos presentará al nazareno que descalzo y túnica blanca nos mostrará la redentora serenidad de Nuestro Padre Jesús de la Pasión, la Noche que nos recordará que Cristo oró en Getsemaní y que



calló tres veces por la calle de la Amargura, la noche que con luto riguroso nos descenderá a Cristo de la Cruz para enterrarlo por nuestras calles y nos mostrará la verdadera Cruz de Cristo en la más inquietante Soledad, la noche que se volverá en júbilo y alegría y que nos mostrará de nuevo a Cristo en todo su esplendor diciéndonos que ha vencido a la muerte.

Pero de entre todas las noches, está la que no quiso quedarse en noche y se convirtió en Madrugá, porque 364 madrugadas hay a lo largo del año, pero sólo una “madrugá”.

Madrugá que nos lleva a lo más alto de nuestro pueblo. En el marco incomparable del Barrio de la Villa donde nos disponemos a acompañar a Jesús camino del Calvario.

Son las dos y el pueblo espera impaciente que llegue el momento en el que Padre Jesús salga a nuestras calles y nos devuelva la visita que durante todos los viernes del año le hacemos en su Capilla, en la que vivimos una madrugá más íntima.



Aquí no hay insignias, no hay luz de cirios que te acompañen en tu caminar hacia el Calvario, aquí será el propio gentío el que te ilumine Señor con sus rezos y plegarias.

A golpes de horquetas irás saliendo lentamente de tu capilla, compendio de cofradía, estación de penitencia diferente donde cada mirada, mira donde hay que mirar.

En esta noche caminaremos a tu vera, Padre Jesús y te acompañaremos con el susurro de las cruces invisibles de las promesas, las familias enteras se dan cita en el barrio de la Villa movidas por la memoria y la añoranza del que ya no está y que nunca dejó de ir a esperarte en una madrugá para verte salir por las puertas de tu capilla.

Caminaremos junto a ti Señor y con el morado de tu túnica inundarás nuestra calles de tu mirada, que nos vas dejando durante toda la noche, esa mirada que nos habla sin decírnos ni una sola palabra.

Cuántas miradas se cruzan en medio de este silencio.

¿Qué deseo habrá detrás de cada mirada? ¿Qué anhelos esconderán?

¿Cuántos gritos habrá dentro del alma de cada mirada que se fija en el rostro de Nuestro Padre Jesús Nazareno?

Sólo Él sabe cuantos que no saben rezar en la Iglesia, han aprendido a rezar en la calle. Él conoce esas miradas de fe, de conversión sincera, de lágrimas arrancadas a los corazones pecadores.

Y Él saldrá de su capilla del Socorro cargado con su cruz, con la cruz de todos nosotros y se abrirá paso por la calle Galdames, con su cara resignada de dolor, con la corona de espinas hiriente clavada en sus sienes, que representa las desesperanzas de este mundo que ansiaba otra cosa y no un final camino del calvario.

Pero Él nos mira a cada uno de nosotros y nos dice: “No temas, Yo llevo también tu dolor. Yo sufro también contigo. Yo vivo contigo tus pequeñas o grandes cruces cotidianas. Y también muero en ellas. Voy a tu lado. Mi hombro soporta el peso del madero, para que tu hombro sienta la reconfortante y sutil presencia de mi mano”.

Y te sigo en silencio y llegarás hasta la Iglesia Parroquial de las Angustias y pasarás por delante de la majestuosa torre que es la centinela de la Ribera. Y allí te espera tu madre, Nuestra querida Patrona, una vez terminada la visita, sigues tu camino de regreso a la capilla del Socorro.



Con el murmullo del eco del silencio como acompañamiento, regresas a tu casa con tu mirada grabada en nuestras miradas.

Las miradas. Siempre las miradas...

¿Dónde miras Padre Jesús?

¿Miras a la pared encalá de ese barrio que te venera y que ansioso espera a que llegue la madrugada?

O ¿miras al devoto que te acompaña y en el aire frío deja una plegaria entrecortada que se convierte en susurro?

O ¿miras al niño que con ojos casi asustados por el gentío y la nocturnidad, por vez primera te ve por las calles que bendices de gloria eterna?

O ¿miras a lo infinito reflejándote en los ojos de los que se encuentran emigrados de su tierra o en alta mar y en la añoranza sueñan con volver una vez más a vivir la madrugada villorria?

O ¿miras a lo lejos más allá de nuestras fronteras, allá donde tu mirada se hace presente ante los impedidos por quejosa enfermedad o ante quienes sienten la soledad más absoluta por estar presos de su desdichado destino?

O ¿miras a Ayamonte que aguarda tu llegada, que se convierte en Cirineo para aliviar tu carga, que te reza desde que sales hasta que llega tu entrada?

Yo solicito tu amor para expresar con mis palabras tu Sagrada Redención.

Divino depositario de las súplicas de esta ciudad, deseo volver a proclamar en voz alta mi fe, la misma fe que mueve a todos aquellos que cada viernes te visitan, o a los que están lejos y te invocan con el recuerdo de sus corazones.



Refugiado al amparo de tus llagas, movido por tu amor,
dame tu gracia Señor y que tu imagen Sagrada sea compendio
de lo que en la próxima madrugada vamos a vivir.

*Dime Tú a dónde miras,
que mi corazón se hace pequeño
pensando que después de dos siglos no hemos conseguido
Señor cerrar tus llagas y calmar tu martirio.
Te mira a ti ayamontino,
Para que hagas posible cada madrugada
Que siga viva su palabra,
Que vivas durante esta noche con alegría desbordada,
Que transmitas el mensaje de Fe, Amor y Esperanza,
Porque a ti, ayamontino, Padre Jesús, te buscó con su mirada.*





EL SENTIR DEL NAZARENO

Pero, fijémonos en los que no son el centro de las miradas.

Fijémonos en ellos pues no son un simple adorno, no son un simple acompañamiento en el cortejo.

Fijémonos en los que dan sentido a una Hermandad en la calle, los que revestidos con sus hábitos nazarenos van haciendo estación de penitencia acompañando a sus titulares.

Hábitos y antifaces de diferentes colores inundaran durante toda la semana las calles de Ayamonte, veremos esa augusta figura de muchas formas y maneras, túnicas que representan el color de cada hermandad e irán adornadas con fajín, ceñida con ancho cinturón de esparto, túnica de cola y con cingulo de seda, y con la medalla en su sitio, ahí, cerca del corazón, no en otro sitio, sino colgada del cuello y con ligeras capas. Unos y otros proporcionan el estilo de cada cofradía, portando las insignias o llevando cirios que derramarán cera, cirio que hormiguea la mano y el brazo durante la estación de penitencia, llamas resplandecientes entre los revuelos de las capas que parpadean entre el gentío y cubren de blanda y



caliente alfombra las calles por donde pasan nuestras cofradías, huella de tantos pies que identifican un sentir penitente colectivo.

Pies descalzos que soportan los picos de los adoquines y los diferentes cambios de temperatura, zapatos negros o zapatillas de esparto serán parte del atuendo de los ayamontinos durante esta semana, guantes en la mano para que no existan diferencias sociales que son exigencias de vestuario en cada cortejo.

Mil y un detalles condicionan el ambiente y predisponen al espectador a que participe y al que le será difícil permanecer indiferente.

El nazareno reza hacia dentro con la mente y el corazón, o exclama alegría silenciosa con el gesto y con los ojos la expresión honda y sentida del sentir ayamontino cuando va haciendo su estación de penitencia.



Tras el antifaz el nazareno se aísla del mundo exterior, sólo manifestarán su identidad sus ojos y sus actitudes y la voz si habla.

Cuando observamos con detenimiento los cortejos procesionales, sea cual sea su color, me viene a la mente la siguiente pregunta.

¿Qué mueve a una persona en pleno siglo XXI a revestirse de nazareno?

Lo hará por tradición familiar, en memoria de su padre, su abuelo, que le precedieron en la cofradía.

Por ese sentido penitencial que en algunos de nosotros anida y nos lleva a satisfacer deudas espirituales pasadas o presentes.

Por gratitud con Dios o con la Virgen María por la promesa cumplida.

O incluso aquel que sin saber por qué motivo, sale de nazareno, en el sentido más festivo que se puede uno imaginar, por qué se viste un amigo, o por qué le atrae el fascinante mundo de echar cera a todo niño que se le acerca.

Sabe Dios cuál es la motivación que a cada uno de nosotros nos mueve a salir de nazareno.

Lo cierto es que el que se reviste de nazareno vivirá momentos inenarrables, saldrá de su casa y marchará camino del templo con el deseo de realizar una buena estación de penitencia, el nazareno de los primeros tramos vivirá la soledad por no ver de cerca a sus imágenes titulares, los que van más cerca de ellas, vivirán el suspiro de alguien ante su Cristo o su Virgen, el sentimiento de la saeta, el movimiento del palio al son de una sentida marcha o el andar de frente de su paso de misterio.

Nadie lo sabe, nadie sabe ni cómo ni dónde, pero es cierto que el que se reviste de Nazareno, será otra persona cuando se desprenda de su hábito, aunque lo haya llevado indignamente y una de dos, o no se “vestirá” más o se revestirá con la túnica cada Semana Santa hasta que lo amortajen con ella.

Estamos inmersos en un ritmo de vida trepidante que nos aturde y nos embota y el salir de nazareno, esas horas, nos proporciona un verdadero respiro de paz.

Estamos más pendientes de nuestros sentidos, porque el entorno sólo nos llega por los leves orificios del antifaz, todo se ve con distinta perspectiva, el sentido penitente se impondrá, por mucho o por poco tiempo en quien así se reviste.



Cuando regrese a su casa será consciente de que un año más ha cumplido con el rito, un año más ha cumplido con la tradición, un año más ha realizado la estación de penitencia con su Hermandad.

Pero yo...

Yo soy costalero y tengo la inmensa suerte de ser costalero de Cristo y haberlo sido de su Bendita Madre la Virgen María, he sentido el peso de una parihuela sobre mi cerviz, sentimiento difícil de explicar pero que te atrae y envuelve durante toda la vida.

Abres la carta, ves cuál es el día de la esperada “igualá” y ya te ves con la ropa “prepará” dispuesto para la gran cita del primer ensayo.

Y la ilusión te embarga, sientes una emoción difícil de explicar, tu corazón te hace respirar más profundo y empiezas a buscar en la agenda de tu mente por si tienes algo ese día para poder anularla cuanto antes, guardas la carta y prefieres saborear el instante un rato a solas...

Empiezas a buscar en lo alto del armario, sacas la ropa y sorprendentemente, días antes la misma, aparece limpia y planchada, sin haber dicho en casa cuando es la igualá.

Y es que tu esposa o madre, saben este tipo de cosas sin tener que oirlas.

Miras tu costal, lo abres y ya en casa empiezas a oler a ese olor a trabajadera característico.

Son las diez de la noche, algunos vienen de estudiar, quizás estén en épocas de exámenes, otros vienen con ropa de trabajo y tendrán que volverse a levantar de madrugada.



Y con la naturalidad de lo sencillo, empiezas a saludar a los costaleros, algunos nos vemos de año en año, pero el abrazo siempre está ahí, el abrazo con el compañero.

Y con el costal en las manos buscamos al de siempre, sólo basta una mirada, en mi caso es mi amigo Calixto, no hace falta mediar palabra, extendemos el lienzo de arpillera en el suelo y nos arrodillamos pisando el costal, desde ese mismo instante comienza el trabajo en equipo, nadie es más importante que el otro, me da dos vueltas y media a la ropa y una vez hecho me lo da, me vuelvo el costal y me lo pongo en la frente, cerca de las cejas y se deja caer sobre la séptima vertebra que es para lo que sirve, para llevar el costal, me tira de la ropa, hasta que está en su sitio y sin arrugas, ni muy alto, ni muy bajo, tiene que estar en su sitio, me vuelve a revisar las arrugas y me mete las orejas por dentro, me ciño mi faja y ya estamos listos para el trabajo, listo para vivir emociones intensas.

Y con el costal bajo el brazo acudimos a recibir la particular cruz de ceniza en el cuello, cuando los dedos de nuestro capataz se posan en él y da comienzo la igualá.

Y comenzamos el ensayo, en tu capilla Señor donde Tú te encuentras esperándonos y allí vamos tus costaleros a suplicarte, a pedirte perdón y para darnos cuenta que si estamos allí es por Ti, por que tu lo has querido y Tú sigues ahí, año tras año, esperándonos en el mismo lugar, en el mismo silencio de tu capilla.

Salimos a la calle con la parihuela cargada con vigas para simular el peso que llevaremos el día de la estación de penitencia, se pone en marcha la música y vámonos que nos vamos, con el izquierdo por delante, al término del mismo el bocadillo, tiempo de convivencia sincera entre los compañe-



ros, ¿tú como has ido?, le preguntas al compañero que por altura no ves hasta el final, el capataz hace algunas correcciones en la forma de andar y hasta la semana que viene.

Noches de ensayo, cuánto tiempo esperando a que lleguen y qué cortas se hacen.

Y durante todo el ensayo, siempre Tú, siempre estás presente Tú.

El costalero es sacrificado y obediente, somos un personaje secundario ante la majestad que portamos, hombres que conseguimos que cada año se obre el milagro, que Dios cobre vida y que ande de verdad por nuestras calles, llevamos el esfuerzo al extremo, sacamos las fuerzas de donde ya no las hay, rezándote con el corazón.

Y en los pequeños detalles verás a Dios y la cuadrilla del Señor de Pasión puede dar testimonio de ello y es que comenzamos nuestra estación de penitencia en el convento de las Hermanas de la Cruz, y las hermanitas nos reciben saliendo de su clausura y allí en su capilla nosotros, tus costaleros, rezamos junto a ellas que a la vez piden por nosotros. Con qué paz salimos de allí Señor y tú lo sabes porque Tú así lo has querido, que tu cuadrilla antes de ponerse en el trabajo el Miércoles Santo, haga junto con las Hermanas de la Cruz un particular acto penitencial.

Es Miércoles Santo y Ayamonte va en busca de Pasión, va en busca de su perdón, toma su Cruz y sigue tras Él, te asomas al dintel de la Parroquia de las Angustias, con tu mirada hacia abajo, suplicante, como perdida, pidiendo que no se cumpla tu destino.

Llevas la cruz de los pecados del mundo en silencio, mientras la multitud se queda extasiada en actitud de plegaría.



Rezos que acoges en tus manos siempre llenas de amor, esas manos que fueron maniatadas, prendidas a traición, esas manos que abren en el tiempo nuestra impaciencia que nos invade el cuerpo durante el resto del año. Esas manos que abrazan el madero camino del calvario, pecados que cargas en tu cruz, sufrimiento que tu divina humanidad supera.

Aunque la multitud te acompañe y te siga, aunque los últimos rayos de sol te acaricien las mejillas, no somos capaces de aliviar tu inmensa pena, en ti sólo hay soledad, miedo ante el desamparo, silencio ante las injurias, pero también hay esperanza para los que sufren, esperanza de que llegue el día prometido.

Viendo tu caminar, Señor, cualquier tipo de prisa se temple y la tranquilidad y la paz llena todos los rincones de nuestras almas.

La primera luna primaveral comienza a verse y el silencio comienza su redoblar. Ayamonte aún sigue mudo por el dolor de tu condena.



*Gracias Señor de Pasión
Por contar conmigo
Yo que soy pecador
Y querer que con el esfuerzo
De mis pies al rachear
Tu pena suavizar y
Aliviar tu sufrimiento
Gracias Señor de Pasión
Por darme el privilegio
De ser de tu cuadrilla
Y bajo tus pies ir rezando
Y es que no hay mayor honor
Ni más bella responsabilidad
Que poner el corazón
En las trabajaderas de tu paso
Y decir a los cuatro vientos
Que soy costalero de Pasión.*





SOMOS IGLESIA

Las hermandades somos depositarias de un legado con obligación de conservar y transmitir, que están cargados de valores artísticos, culturales, populares y tradicionales acumulados a través de los siglos.

Pero nada de esto tiene sentido si no se hace bajo la luz de la fe. No podemos olvidar que las hermandades SOMOS IGLESIA, tenemos que ir en cada momento hacia donde ella nos lleve, tenemos como misión dar culto a Dios y a Su Santísima Madre y realizar obras de caridad con nuestros hermanos más necesitados.

Creemos en la Iglesia Católica, como lo decimos en nuestro Credo, y creemos en un verdadero Dios, que es hombre verdadero.

Creemos en su Santidad el Papa y debemos tomar sus enseñanzas como mensaje que viene transmitido por el Espíritu Santo.

Es verdad que vivimos en un estado aconfesional, pero somos una gran mayoría de católicos, que no tenemos una



mentalidad arcaica, al contrario, somos gentes comprometidas con la realidad que vive nuestra sociedad y además de eso nos gusta celebrar nuestra Navidad, nuestra Semana Santa, nuestras liturgias como nos corresponde.

Tenemos que ser conscientes que la cofradía puesta en la calle es una forma de llevar el Evangelio a todos en un modo decidido y directo de hacer Iglesia. Mostrar nuestras creencias no significa exhibirnos, el motivo de nuestras cofradías no puede ser otro que el de ser portadores de la nueva evangelización en los tiempos que vivimos, salimos a la calle para hacer demostración pública de nuestra fe y es nuestra fe la que le pone el alma a nuestra Semana Santa. La fe es su razón de ser y por eso hacemos fiesta del dolor, porque todos tenemos la seguridad, que del dolor y el sufrimiento divino, nació la promesa de la Resurrección gloriosa.

Somos Iglesia y a ella nos debemos, somos creyentes y debemos ser practicantes de las enseñanzas que hemos recibido.

Pero no podemos salir a la calle, con nuestras Imágenes titulares, sin ver el sufrimiento del prójimo que nos necesita, no podemos cerrar los ojos ante las injusticias, no sirve de nada demostrar nuestro fervor como cofrades en Semana Santa sin que tengan continuidad en nuestra vida diaria, porque “Quien no ama al hermano a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve”, el Señor ha encendido en nosotros la llama de la Caridad, expresión de amor que es lo que caracteriza al creyente.

De las hermandades se espera que “nuestra mano derecha no sepa lo que hace la izquierda”, pero sin pecar de vanidad, hay que decir públicamente que no vuelven la espalda a la realidad que estamos viviendo en nuestra sociedad, en todas nuestras juntas de gobierno, existen las vocalías de caridad



que se esfuerzan en coordinar las ayudas a los más necesitados y que se traducen en la colaboración con las Hermanas de la Cruz, Cáritas, Economato San Vicente de Paul y un largo etcétera de asociaciones y particulares que nos piden colaboración e incluso van mas allá de nuestras fronteras con la gran labor de la Hermandad de la Soledad con los niños bielorrusos.

No podemos terminar nuestra Semana Santa, colocar a nuestras imágenes en su sitio y olvidarnos de nuestro compromiso como cristianos, no nos podemos despedir con un hasta el año que viene.

Tenemos que ser parte activa de la Iglesia durante todo el año, no podemos cerrar los ojos, como cristianos no podemos callarnos, tenemos que formarnos para crecer en el encuentro personal con Dios y para dar respuesta a la cantidad de retos que ponen a prueba nuestra fe.

No nos podemos conformar con las visiones que muchas veces mal intencionadas nos convierten en el blanco directo de tantos ataques, no podemos consentir que nuestros niños solo conozcan a Jesucristo y a su Madre María Santísima y los valores cristianos en la catequesis, también es necesario que la den en el colegio en las clases de Religión, no nos podemos quedar impasibles cuando dicen que molestan los crucifijos y sobre todo debemos defender la vida desde su concepción hasta su muerte natural.

Los cofrades somos cristianos comprometidos y utilizamos las hermandades como vehículo que nos lleva a formar parte de la Iglesia, los que no son cofrades deben entender que igual de valido es pertenecer a una hermandad, como a otro grupo que esté dentro de la Iglesia católica.



Y debemos sentirnos orgullosos de formar parte de la Iglesia a través de nuestras hermandades, yo me siento orgulloso cuando cuelgo la medalla de mi hermandad sobre mi pecho, porque en esta medalla, hay mucho mas fondo del que, en algunos casos, se quiere ver.

Puertas afuera, las hermandades solo parecen estar vivas y tener sentido en el momento en que se hace estación de penitencia y esa vida parece acabar cuando los pasos vuelven a su sitio y se cierran las puertas de nuestros templos.

Pero no es cierto, a las hermandades hay que conocerlas de puertas adentro, la hermandad permanece viva, preparando los cultos, buscando y generando ingresos que permitan sobrevivir a la hermandad, pero sobre todo la hermandad permanece viva por la recompensa de reconocernos en todas las tareas como hermanos, compartiendo devociones, hay un sentimiento fraternal y el problema de uno, en el momento en que nos enteramos, pasa a convertirse en un problema de todos y cada uno trata de ayudar en la manera de sus posibilidades.



Todos esos pequeños esfuerzos colectivos forman parte del misterio de nuestra Semana Santa.

Nuestras hermandades muestran cada año su fe por las calles de Ayamonte y proclaman a los cuatro vientos el amor por sus Sagradas Imágenes Titulares.

Por ellas, somos camareros, carteros, cobradores, limpiadores de plata, floristas, buscamos recursos económicos por debajo de las piedras.

He tenido el privilegio de nacer en una familia cristiana y cofrade y desde pequeño fui participe de la vida de mi hermandad.

Soy cofrade de la Hermandad Sacramental del Santo Entierro, por sentimiento, como la mayoría de los que estáis aquí sois de la vuestra.

Formo parte de un grupo de personas que trabajan en un nosotros constante y dejan el yo para otro momento.

Vivimos durante todo el año la Semana Santa, hacemos lo posible para que nuestros titulares no se encuentren sólo en los cultos, porque la Semana Santa, no es una procesión que empieza y termina, no, es un acto de fe y testimonio en el que culmina el trabajo silencioso de todo un año.

Si, todo el que me conoce sabe que mi hermandad es parte importante en mi vida.



*Y necesito visitar mi capilla
Y ponerme delante de ellos
Para hablarle con cariño
Para hablarle con respeto
Y pedirle por los míos
Y no faltar ni un Viernes Santo
Y poder revestirme de negro
O ponerme el costal
y de mi hermandad ser costalero
Y ser testigo del majestuoso andar
del paso del Descendimiento
Y acompañar a Cristo Yacente
en su urna de Santo Entierro
Y consolarte a ti María
del Mayor Dolor señora
La que me arranca un suspiro
Cada vez que te contemplo
en mi vida la esperanza
en mi corazón el anhelo
no me abandones nunca
dame siempre el consuelo
eres mi gran devoción
A ti te clamo y te pido
Y te doy mi corazón.*



EL AYER

Cuando comencemos mañana la semana del montaje de nuestros pasos, a todos y cada uno de nosotros nos vendrán a la mente todos los que nos precedieron como cofrades que ya no están y que dejaron su huella marcada en nuestras cofradías y cuya obra nosotros continuamos. Y volverán los recuerdos de tantos momentos vividos que se nos hará imposible enumerar.

Pero si creemos en Jesús de Nazaret y como recitamos en nuestro Credo, tenemos la esperanza cierta que todos los que se fueron durmiendo en los brazos del Señor están junto a Él, contemplando el rostro del amor divino que algún día todos compartiremos.

Tenemos la esperanza cierta como nos prometió Jesús que volveremos a estar juntos y para siempre contemplando el amor de Dios, ese amor a que nuestras imágenes titulares nos acercan.

Es hora de hacer memoria de aquellos que un día fueron el gran revulsivo de nuestra Semana Mayor, los que fueron



los verdaderos artífices del renacer de la Semana Santa como hoy la concebimos. Aquellos que comenzaron a escribir la historia de la Agrupación de Cofradías; valientes ayamontinos sin miedo a soñar con espléndidos cortejos procesionales a orillas del Guadiana en una época nada fácil y de escasez allá por los años 40 y 50 que a muchos por edad nos cuesta imaginar; el sabor de las tertulias y el pique sano y a la cara, cuando las redes sociales eran el círculo mercantil y los bancos del paseo; los jóvenes tutelados por los mayores aprendiendo a ser cofrades como quien aprende un oficio de gremio. Cuando algún nostálgico echa la vista atrás y cuenta relatos de aquellos tiempos que a nuestros oídos parecen épicos, imagino como sería ser cofrade en aquella época, careciendo de los recursos económicos de hoy y acudiendo principalmente a los benefactores y sin más medios tecnológicos que la imaginación. Se guiaban por la ilusión y los numerosos viajes a Sevilla en días de Semana Santa para captar ideas que plasmaban en sus respectivas hermandades.



¿Qué no daría yo por pasar una velada en una tertulia alrededor de una mesa con aquellos que tanto dieron por la Semana Santa en Ayamonte?, el celo de Bautista con la virgen de sus amores, mirar frente a frente a Jesús Castellano e insuflarme de la pasión que emanaba en cada una de sus palabras, el buen hacer de Calixto anteponiendo su hermandad ante todo, el arte de Enrique Muniz a la hora de poner un rostrillo o un manto y de rezarle al oído a la Madre de Dios.

Y tantos y tantos otros nombres grabados en nuestra memoria que dedicaron su vida a vivir su fe dentro de nuestras hermandades.

A todos ellos, gracias por soñar con una Semana Santa como la nuestra, por su ilusión, sus ganas de aprender, su

entrega desinteresada, su pasión, su celo, su buen hacer, sus valores, sus sacrificios personales, su compromiso social, por ese impagable legado y ese testimonio, gracias, porque sin ese amor a nuestra Semana Santa hoy no estaríamos aquí.

Qué triste ver a aquellos que tras su ignorancia, camuflados en links anónimos o en blogs que únicamente destapan la polémica, se atreven a hablar y profanar el recuerdo de los que ya no están, insinuando que el trabajo de los jóvenes que ahora estamos al frente de las cofradías, a los que llaman despectivamente “sevillanitos” no les gustaría y qué dirían si levantarán la cabeza, ¿porqué no iban a estar estos cofrades orgullosos de nosotros?, porque somos los primeros que respetamos el trabajo, el amor y el esfuerzo que ellos emplearon con los medios de la época para conseguir el magnifico patrimonio que tienen nuestras cofradías hoy en día y yo me siento orgulloso de pertenecer a esos “sevillanitos”.

Pero entre todos, una falta que este año echaremos más que nunca de menos, un hombre bueno, acudía a la presencia de aquellos por quienes tanto había trabajado durante toda su vida. Los que estuvimos junto a él, compartiendo horas de montajes en noches de cuaresma, reuniones, cultos, tardes de Viernes Santo, de días previos a las fiestas de las Angustias montando la electricidad de su caseta, los que quienes aún seguíamos considerándote como Hermano Mayor de nuestra hermandad, no podemos entender ni asimilar aún tu ausencia, que en estos días de cuaresma se hace aún más difícil de llevar, pues mañana, no estarás comandando, como has venido haciendo hasta el año pasado, el traslado del impresionante grupo escultórico del Descendimiento de la Cruz a su paso procesional.



Te fuiste sin avisar en una calurosa tarde de julio, que nos enfrió el alma cuando nos enteramos de tu repentina marcha, seguro estoy que ahora mismo estarás en el regazo de la Madre de Dios, pues tu Virgen del Mayor Dolor, llenaba toda tu existencia, tu casa y tu familia.

Dios dispone de la vida de todos nosotros y hemos de resignarnos acatando su divino designio. Llamarte a ti fue el capricho que sólo Él puede permitirse.

Ya no nos reiremos más juntos cuando yo te veía entrar por las puertas del almacén y te gastaba bromas desde el más sincero testimonio de amistad y respeto.

Ya no te oiremos hablar más de la Virgen de tus amores.

Con tu inesperada muerte, estoy seguro que has recibido la ansiada salvación.

Pero hemos de recordarte con la alegría de la Resurrección, con la sonrisa que enmarcaba tu rostro cuando entrabas en la capilla y veías en su camarín a la Señora que tanto veneraste.

Sólo te pido una cosa, que seas intermediario nuestro ante la Santísima Virgen, tu Virgen del Mayor Dolor, auténtica mediadora entre nosotros y su Divino Hijo Jesucristo.

Gracias por siempre Clemente.



Y SE CUMPLIRÁ LO QUE ESTÁ ESCRITO

Podríamos decir tantas cosas de la Semana Santa como personas la viven. Cada uno de los que estamos hoy aquí contaría sus propias vivencias y emociones. Pero por encima de nuestras vivencias, la Semana Santa supone para Ayamonte un cambio en su vida cotidiana con el que parece sumergirse en un espacio temporal que hace que nos traslademos a más de dos mil años atrás y seamos habitantes de esa Jerusalén que vivió la historia de amor mas grande jamás contada.

En los días en los que se celebra la Fiesta Mayor de la Iglesia Católica, las prisas de todos los días, los ruidos y el paso de los vehículos por nuestras calles del centro, lo sustituimos por unas horas al día, por un ritmo diferente; un ritmo lento, pausado, que se impone inspirando meditación y oración.

Nuestras calles adquieren una función distinta a la habitual y quedan impregnadas de un marcado carácter sagrado.

Los adoquines de calle Huelva, se dejaran pisar por pies nazarenos que irán derramando cera por los cirios portados en su camino de penitencia, que van sin prisa en un verdadero camino de reflexión y diálogo con Dios.



Pero esta reflexión debería ser tomada por todos, no sólo por aquellos que participan en los cortejos procesionales sino por todas aquellas personas que como espectadores salen a la calle y son testigos del recogimiento y seriedad de nuestras procesiones, por el realismo de nuestras imágenes sagradas y de las obras de arte de nuestros pasos.

Con ellos nuestra ciudad se convierte en una auténtica Jerusalén en la que Cristo camina con su cruz y en la que finalmente será crucificado.

La Semana Santa sigue aún vigente en nuestros tiempos, tenemos que intentar entre todos que deje de ser una moda o costumbre y debemos seguir apoyándonos en la misma creencia que la hizo nacer, esta celebración tiene que ser algo mucho más profundo, porque no deja de ser la expresión de espiritualidad y de fe de un pueblo que va pasando de generación en generación y cada vez va cobrando más fuerza.



Con las estaciones de penitencia que realizaremos, intentaremos conmover al creyente haciendo de su vivencia algo compartido y que no podremos borrar de nuestro recuerdo porque estas vivencias son las que avivarán la impaciencia de una nueva Semana Santa. Ese sentimiento colectivo se desborda de tal manera que, rompiendo los límites materiales de nuestros templos, se manifestarán por el trazado urbano. De este modo Ayamonte con nuestras procesiones quedara convertida en una ciudad sagrada en la que cada calle será un pequeño templo en los que los pasos de misterio serán como retablos andantes y nuestros pasos de palio, se convertirán en camarines mecidos por la música de las bandas.

Con la movilidad y dinamismo de nuestros pasos conseguiremos una mayor aproximación a las escenas en ellos na-

rradas, llegando a cualquier rincón de nuestra ciudad, asomándose a los hogares de muchos ayamontinos.

Lo sagrado se adueña e invade lo profano y para ello también preparemos el ambiente. Al igual que en el interior de nuestros templos, el incienso deja extender ese peculiar olor que todo lo purifica y que invita al recogimiento y a la preparación espiritual.

Y Ayamonte se prepara para vivir la Estación de Penitencia que como cada año vive desde lo más profundo de su tradición, la que año tras año, generación tras generación, se vuelve a repetir, y viviremos los mismos sentimientos que los primeros seguidores de Jesús de Nazaret en los días de la Pasión y que veinte siglos después, pasan por las mentes y los corazones de los cofrades de esta ciudad al contemplar y meditar, al vivir como protagonistas únicos e irrepetibles al lado de Dios, la Pasión, Muerte y Resurrección de la segunda persona de la Trinidad Divina y los dolores de su Bendita Madre.

Veremos otro año más el mismo cuerpo ultrajado, la misma mirada perdida de dolor, de soledad, de tristeza, de miedo, de un hombre hecho puro amor por alcanzar la felicidad de todos sus hermanos.

Y ante el inicio inminente de esta Semana Mayor, antes de comenzar a vivir esta nueva estación de Penitencia, te imploro, que perdones nuestros pecados por tu bondad infinita y te pido que limpies a los cofrades de Ayamonte de todo pecado y por esto te digo:



*Yo confieso,
Ante Dios Padre, todopoderoso,
Y ante vosotros, hermanos cofrades de Ayamonte
Que he pecado mucho
De pensamiento, palabra, obra y omisión,
Por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa;
Por eso, ruego
A María Santísima de las Angustias Coronada
A los Ángeles, a los Santos,
Y a vosotros hermanos,
Que intercedáis por mí
Ante Dios nuestro Señor.*



Faltan ocho días para que comience el año nuevo del cofrade, ya estamos dispuestos Padre a vivir lo que esta escrito.

“Decid a la hija de Sión: He aquí que tu Rey viene a tí, manso y montado sobre un asno, sobre un pollino hijo de una bestia de carga”.

Y saldremos a la calle en una radiante mañana de Domingo, y veremos a cientos de niños con sus palmas y correremos presurosos a recibir la bendición, como los campos esperan el agua de Mayo y lo haremos como lo hicieron los discípulos, y sacaremos a la calle a Nuestro Señor de la Mulita y un jubiloso gentío agitará palmas y olivos y le desplegaremos nuestros mantos por el camino. Y seremos capaces de caer en la mayor de las contradicciones, pasaremos en pocas horas, en pocos días de ese grito de júbilo “bendito el que viene en nombre del Señor, hossana en las alturas” a ese grito de odio

y crueldad de “crucificalo”, de llamarle y reconocerle como “Rey de Reyes” a “no tener más rey que el César”, de recibirle con ramos de olivo a coronarle de espinas, de alfombrarle el suelo con nuestros vestidos, a desnudarlo y echar a suerte sus ropas y comenzará la Pasión.

Y en ese Getsemaní villorrio, Jesús de la Oración, en ese particular monte de los olivos que junto al solá se encuentra, hará la voluntad del Padre sudando sangre en soledad. Y veremos a Jesús como abre los brazos en un gesto que se hace palabra. El ángel, lo confortará señalando a la misma gloria y acompañaremos al Cristo de la Oración hasta la Ribera y rezaremos junto a Él y contemplaremos su mirada misericordiosa y fija hacia el infinito, veremos la tristeza de Cristo cuando pide al Padre que le aparte el cáliz de la muerte y le escucharemos orar: “Padre mío, si es posible, pase de mí este cáliz; sin embargo no se haga mi voluntad sino la tuya”, pero no será posible, lo beberá entero hasta lo más hondo del sufrimiento en la noche sin luz en la que hasta las estrellas se escondieron.

Y un beso te vendió por treinta monedas y Judas te traicionó, los demás te abandonaron y Pedro tres veces te negó. Y en aquella noche de tanto trasiego, Jesús Cautivo hacia los Sumos Sacerdotes y Pilatos, con las manos maniatadas, por Jovellanos de blanco te veremos, esas manos que a tantos enfermos curaron, que no están hechas para condenar a nadie, sino para a todos salvarnos y te desprenderemos de tus vestiduras y te veremos humillado y atado a una columna sujetaremos tus brazos y sufrirás los latigazos y tu sin decir palabra, era el preámbulo anunciado, entre infamias y burlas de púrpura te vestiremos y de espinas te coronaremos y en tu mano diestra una caña te pondremos y con ella te golpearemos, y sin pudor por Barrabás te cambiaremos.



Y te condenaremos a muerte sin encontrar ninguna culpa, a la cruz te entregaremos y hacia el Calvario emprenderás tu camino recibiendo la cruz dulcemente y veremos a Nuestro Padre Jesús de la Pasión tambalearse bajo el pesado madero y como “Rey de Reyes”, andará con la cruz a cuestas y su túnica morada se moverá suavemente por la brisa que le llega desde el Guadiana y durante su Vía Crucis por las calles de Ayamonte, las piadosas mujeres que tras él caminan, le irán agradeciendo la promesa cumplida. Y el peso de nuestros pecados hará que manos campesinas te ayuden y requeriremos a Simón de Cirene para que te ayude a llevar la cruz obligado por los soldados pues él no quería verse implicado en tan horrenda barbarie. Y ante los ojos serenos de Nuestro Padre Jesús Nazareno será el primer cargador y sin saberlo él estaba cumpliendo las palabras de Jesús. “Si alguno quiere ser mi discípulo, niéguese a si mismo, tome su cruz y sígame”.



Tres caídas sufriste y arrodillado en tierra por la calle San Mateo levantas el rostro con un sentimiento trágico, que no se puede expresar, Padre Jesús Caído, tus ojos quieren mirar al cielo, te veremos camino del Calvario, apoyándote con la mano en una piedra, esa piedra sobre la que edificaste tu Iglesia.

Y llegarás al Gólgota y de tus vestiduras te despojaremos y echaremos a suerte tu túnica y te veremos roto, abatido y humillado, esperando pacientemente a ser crucificado y de los pies y las manos sobre un áspero madero te clavaremos. Sobre la cruz un texto “Jesús Nazareno, Rey de los Judíos”. Tu crucifixión Señor podía haber pasado inadvertida pero tu muerte en la cruz Señor tenía que ser la historia de amor que habría de enamorar durante siglos y siglos a personas de toda raza, lugar y condición.

Cerca de la hora sexta, la tiniebla cubrió toda la tierra hasta la hora nona. El velo del Santuario se rasgó y Jesús dando un fuerte grito expiró,

Para comprobar su muerte y se cumpliera lo escrito no le quebraron las piernas, y con una lanza Longinos con el fin de asegurar la muerte, el golpe de gracia le dió y su bendito costado traspasó. Santísimo Cristo de las Aguas en tu paso de misterio, eres fuente de agua viva que salta hasta la vida eterna, que con tu costado herido nos alimentas, mezcla de sangre y agua que simbolizan los dos grandes sacramentos de nuestra fe, el Bautismo y la Eucaristía.

Y mirarán al que traspasaron y en Ayamonte lo sabemos, porque la Cruz desde ese instante deja de ser un lugar de suplicio y pasa a ser el trono donde reinará Cristo como Rey del Universo.

Amor, Buena Muerte y Vera Cruz, nuestros tres crucificados, que descansan ya después de tanto padecimiento, y derramarán por Ayamonte testimonio de fe verdadera. Ya estáis en la casa del Padre, ya estáis durmiendo un dulce y eterno sueño.

Llegado el crepúsculo, José de Arimatea, hombre justo y bueno, el permiso de Pilato obtuvo para bajar su cuerpo y Nicodemo trajo las mezclas de mirra y alóe para preparar la mortaja de Cristo en su Descendimiento y con dos escaleras a la Cruz subieron, con un sudario el cuerpo inerte de Jesús descendieron y con un suave balanceo entrarás por la esquina de la Peña, Cristo del Descendimiento y la Virgen de la Quinta Angustia junto con San Juan y María Magdalena, presencian tan desgarradora escena y la Quinta Angustia sufre la cruel realidad del dolor que se quedó para siempre en el recuerdo de sus ojos misericordiosos, esos ojos que se quedaron secos de lágrimas.



Y en el lugar donde había sido crucificado, había un huerto y en el huerto un sepulcro nuevo, en el cual aún no se había puesto nadie. Allí, pues, por causa de la preparación de la Pascua de los Judíos y porque aquel sepulcro estaba cerca, pusieron a Jesús. (Jn. 19, 41-42).

Y en las Angustias tocan las campanas a difunto anunciando que Cristo ha muerto y desde San Francisco nos convocarán a participar en su entierro, y La Villa y La Ribera se unirán al dolor, al duelo más terrible, en el día más santo. Los dos cortejos recorrerán nuestras calles como una estampa antigua y el cuerpo yacente de Jesús será portado por urnas doradas, una gótica y otra barroca y Ayamonte reconoce a Cristo Muerto como hijo del Padre.

¿Y por qué buscáis de entre los muertos al que vive?

De tu sepulcro de piedra has despertado de tu dulce sueño, cumpliéndose lo que habías anunciado.

Llagas de dolor se han tornado en Aleluya de Cristo verdadero, gracias a tu muerte vida eterna nos ofreces.

Siete días de dolor por nuestras calles has mostrado

Y al final a la muerte has vencido

Ayamonte a su poder se ha rendido

y da gracias por la fe que nos has dado

Que repiquen tus campanas

Que vuelva la luz sobre el día,

Que Cristo ha vencido a la muerte,

Que ha resucitado el Señor,

Como dijo al tercer día.





MARÍA

Una presencia que es imposible ignorar en el ámbito del misterio cristiano, es la presencia de María.

Aquella que en el designio del padre aparece como la verdadera Madre del Mesías, con una maternidad que excede con mucho de la pura biología y que estuvo presente en los momentos particularmente significativos de la vida de Jesús, desde el nacimiento a pentecostés, no puede quedar al margen de aquel misterio en el que Cristo se queda para siempre con nosotros.

Y Jesús nos la da como madre en el mismo monte Calvario, primer templo de la cristiandad, cuando viendo a su Madre y junto a ella al discípulo a quien amaba, dice a su madre: “Mujer, ahí tienes a tu hijo”. Luego dice al discípulo: “Ahí tienes a tu madre”, y desde entonces María nos acoge, recibe a Juan y abre su corazón inmaculado para recibir a los hijos de la Iglesia, para ser Madre y Esperanza Nuestra, nuestro modelo de fe.



Jesús desde este momento declara a María, Madre de todos los hombres y nos da, el mayor tesoro que nos puede dejar y la llamamos Madre de Dios, Madre de Cristo, Madre de la Divina Gracia, Madre Purísima, Madre Inmaculada, Madre de la Iglesia, Abogada nuestra, Corredentora, Mediadora de todas las gracias, Reina y Señora de todo lo creado, y todas las alabanzas que contiene el Santo Rosario y Ayamonte no comprende a Cristo sin su madre. Respira devoción mariana por sus cuatros puntos cardinales, devoción que se transmite de generación en generación. Pero los ayamontinos, cuando llega Semana Santa no nos conformamos con ello y le damos más nombres...

La llamamos Madre de la SALUD, que viste entrar a Jesús triunfante en Jerusalén y que ahora contemplas el Amor que tu hijo nos ofreció en la Cruz, eres Reina de este bien tan preciado que el Domingo de Ramos reparte a todos los que a ti te veneran,



*Manantial de pureza
 auxilio de nuestras vidas
 refugio de nuestras penas
 orgullo de tus cofrades
 de la gracia soberana,
 De la Salud, eres la Reina
 y la luz de nuestras almas*

Y la llamamos Madre del ROSARIO reina, que la gracia vas derramando, que desde tu palio proclamas que donde hay Caridad y Amor y allí esta Dios.

Ya suenan los Rosarios de plata, que rozan tus varales, ya se mueve tu palio, ya sube el incienso y la candelera ilumina tu rostro, que ya saliste de tu templo, que otro año se cumplió el milagro.

*Dios te Salve a ti María
Que eres la hija del Padre,
eres la Madre del Hijo,
y del Espíritu Santo esposa
eres templo y Sagrario
Madre de dulce nombre
Reina del Santo Rosario*

Y la llamamos Madre de la ESPERANZA DEL MAR, reina de los Mares y de San Francisco Soberana, bendice a tu pueblo marino, imprégnanos con tu amor, alivia nuestros dolores y nuestros abatimientos, atraenos a tu seno virginal, como con Jesús hiciste y libranos de todo mal.

*Virgen de la Esperanza,
Eres el timón de nuestros mares
y los aparejos de nuestras vidas
Capitana de nuestro pueblo
Puerto y refugio de nuestras almas
Faro y guía del que sin ilusión se queda
Salve, Señora, Salve*



Iris de eterna ventura
Fénix de inigualable hermosura y
Madre del Divino Amor

Y le llamamos Madre de la PAZ porque en sus lágrimas nítidas y transparentes, además de expresar el dolor de la Madre que ve como le quitan a su hijo, veremos y encontraremos también la solución a nuestros males, la luz que nos guía en este valle de lágrimas.

Paz que vas llorando con tu pena y tu dolor, y al Calvario vas llegando para ver a Pasión. Señora, haz de los cofrades un instrumento de Paz,



Donde haya odio, pongamos amor,
Donde haya ofensa, perdón,
Donde haya discordia, unión,
Donde haya duda, fe,
Quisiera estar contigo en tu peana
Y sin palabras cantarte,
Y tembloroso mirarte,
Y predecir tu mirada,
Y con tu manto cobijarme,
Y acurrucarme en tus plantas
para llenarme de tu Paz

Y la llamamos Madre de la AMARGURA, la de la cara llena de tristeza, de dolor, de aflicción, de pena y de sufrimiento. Amargura de la Madre de Dios, la de los bellos ojos villorros que en esta noche sigues a tu hijo camino del Calvario en su primera caída, todo tu barrio quiere consolar tu pena.

*Virgen de la Amargura
Que sería de la villa sin Tí
Tú que eres la luz de la cal
Lirio blanco de primavera
Soberana de tu barrio
Madre de Bendita Pureza
Pura y limpia concebida*

Y la llamamos Madre del SOCORRO, bellísima imagen de la Madre de Dios, con tu mirada en indescriptible gesto de dolor, de pena, de angustia, de amargura o de todo a la vez. Mirada que implora al Padre como la de cualquier madre que ve sufrir a su hijo y reza por él. Por ello y por tu condición de Mediadora y Madre, yo te digo:

*Reina del Socorro
Eres Consuelo de tu barrio
Luz de la madrugada
luz en la amanecida
carita de porcelana
la del puchero en los labios*



Reina afligida por el llanto

La que rebosa hermosura

Cada madrugá de Viernes Santo

Y la llamamos Madre del MAYOR DOLOR, amor de mis amores la del llanto sereno, dos lágrimas resbalan por tus mejillas, cuando ves que a tu hijo, tu consuelo y tu razón de ser, es descendido del madero y es enterrado en el sepulcro. Madre Celestial, de mirada dulce y serena, tambores destemplados suenan para que nadie distraiga tu atención, que llegas desconsolada Virgen del Mayor Dolor, que llevas todo el dolor callado sobre tu pecho traspasado y vas pidiendo amor.

Madre mía del Mayor Dolor

Que miraste muerto al Redentor

El día que la luz se convirtió en tiniebla

Y la tierra tembló

y tú junto a la cruz permaneciste

embriagada de dolor

cuando todo el dolor del mundo

llenaba tu corazón

Y la llamamos Madre de la SOLEDAD, austeridad y recogimiento te acompañan, reina franciscana coronada, que el mismo Templo se vuelve egoísta poniéndote todas las trabas a tu salida por que no quiere estar ni una hora sin su Virgen. Pero Ayamonte la quiere contemplar y con el esfuerzo de sus



costaleros sale a la Plaza de San Francisco, Soledad que se acrecentará y alcanzará su máxima expresión, la más triste y dolorosa cuando la Soledad de María Santísima vea el cuerpo inerte de su amado Hijo de la Vera Cruz clavado en el madero, cuando no pueda enjugarlo con sus lágrimas, cuando no pueda ni tenerlo en sus brazos.

Virgen de la Soledad

Que en silencio vas musitando

no os los llevéis tan pronto

Que mi vida se va con él

Dejadme darle un último abrazo

Deja que lo contemple dolorida

Dejadlo un poco más en mi regazo



Y la llamaremos VICTORIA, la que de blanco radiante sale con las primeras luces del día, la Virgen que ya no llora, la que despertarán con un repicar de campanas, la de la mirada expectante al ver con toda claridad que su Hijo, Aquel al que coronaron de espinas, azotaron, le hicieron cargar con una pesada Cruz y lo crucificaron hasta la muerte, ¡ha resucitado! Y nos va diciendo, no tengáis miedo cofrades, abrid de par en par las puertas a Cristo, salir a la calle con alegría desbordada, ya se han roto las cadenas, ya se han disipado las sombras, que Cristo ha ascendido victorioso del sepulcro, que Cristo ha vencido a la muerte, que reina glorioso por los siglos de los siglos.

*Alégrate Madre Mía,
Porque aquel niño que llevaste en tu seno
Ha resucitado.
Virgen de la más gozosa mañana
Madre de la eterna sonrisa
Señora de la Alegría
De nuestra tiniebla la Aurora
De la flor la primavera
Y de Ayamonte la Victoria*



Y la llamaremos Madre de las ANGUSTIAS, la que acoge el cuerpo inerte del Hijo en su regazo, otra vez acunado en tu rodilla, pero esta vez permanece inerte, tu mano sujeta su cabeza y percibes la frialdad de la muerte. Angustias ya no puedes llorar más, infinito desconsuelo al abrazar el cuerpo de tu Hijo muerto, máxima expresión del dolor sin límite, Madre de belleza sin par, venerada Patrona nuestra, Reina por nosotros coronada, luz y guía de esta ciudad, eres la Estrella que nos guía, eres Estrella de la mañana, nardo de la noche septembrina, Luna de oro de nuestro Cielo, Madre Santa de Jesús

*Por eso yo te rezo
Dios te Salve Madre de las Angustias
Resplandor de pureza
Eres vida y dulzura y
De los cielos la Reina.
Dios te Salve Angustias
De nosotros el consuelo
Y de nuestra vida la esperanza
Reina coronada de estrellas
Ruega por tus hijos que por ti claman
Y por esas Madres que suspirando
en noche de septiembre tras tu manto van rezando
míralas con tus ojos de misericordia
que son como dos rayos de sol en la tiniebla
oh Clemente María,
Reina de la Alegría
Puerta del cielo
De este jardín ayamontino
La más bella flor creada
Ruega por nosotros por este pueblo que te quiere
Que te venera y te reza y que se rinde a tus plantas
Por eso te pido Madre Mía
Al ver a tu hijo en tu regazo
Alcanzar las promesas que de él esperamos
Salve, Madre buena
Salve Angustias de Ayamonte
Madre, Patrona y Reina.*





76



R. Jacinto Diaz

EL PREGÓN LLEGA A SU FIN

Y el pregón llega a su fin, lo que hasta ayer era mañana hoy ya es ayer, atrás queda un año de ilusión por lo que tenía entre manos, un año de miedo por la responsabilidad adquirida, un año de satisfacción por la ilusión cumplida.

Y dentro de una semana todo empezará a terminarse, sólo siete días nos separan del principio del fin, justo en una semana comenzará todo, se hará la luz y tomaremos como nuestras las palabras que Jesús le dijo a Dimas, dentro de una semana estaremos en el paraíso y las fechas se amontonan atropelladas en el calendario, la vida cambia su tempo y los últimos días de vísperas se deslizan mansamente como una gota de miel que quisiera se agarrara a mi garganta y saborearla de nuevo otra vez. La primavera se hace dueña de la ciudad que se deja hacer complacida, los matices se disparan en volcanes fulminantes de pétalos multicolor, el olor a incienso lo impregna todo como preludeo de que los días grandes de Ayamonte se avecinan, las tardes estiran lentamente su luz rojiza como queriendo rozar con las yemas de sus dedos suplicantes un varal.



Se despliegan las túnicas como mariposas impacientes por echar a volar gritando tu nombre en cada esquina, el cincelado de la plata se destapa para lucir su mejor fulgor, las miradas cómplices centellean por la emoción en un trajín que va y viene hasta poner a punto el reloj, las blondas se desparraman en una cascada de encajes prestas para asomarse al pecho de María, el luto tiñe la tarde y la oscuridad de la noche se cierne sobre un cielo templado, la luna una vez más convocará su ejército de estrellas para adornar su corona, las notas aclararán su cristalina garganta para brindar su mejor cantar, las llamas ensayarán su tintineo nervioso para iluminar el rostro de Jesús y María, un cíngulo se ciñe al talle sorprendido por el rubor de la emoción de un instante y se prepara el andar cansino del nazareno que pena una súplica o agradece un favor, para inundar las calles con un reguero de cera que ilumine el camino de Dios, el hombre se prepara para su encierro de madera regalando con dolor el movimiento a su Creador, los balcones cubren su desnudez con finas sedas dispuestas para esta ocasión, y el terciopelo bordado en un sinfín de ramos se enredará en su talle y florecerá en su manto para aliviar su dolor. Las calles se estrechan presurosas por abrigar su soledad hiriente y su martirio, el cuerpo se acelera queriendo alcanzar con los ojos lo que el corazón hace tiempo que anhela, todo un año de espera va llegando a su fin, repican las campanas anunciando la hora y cruza el umbral la sombra de una parihuela. Paladaremos lentamente una sagrada semana que se aleja una vez más con la fugacidad de un esperado sueño y los zancos volverán a posarse suavemente sobre el frío mármol. Todo está concluido.

Pero la Fe brotará como agua fresca que espabila del letargo, brillará de nuevo la mañana que inundará de luz celeste el camino, la risa de un niño nos despertará impaciente de



aquel sueño haciéndonos caer de bruces en la realidad más certera y el presagio de lo que está por venir, triunfa el Amor de un Padre que se entrega por sus hijos. Jesús, ha vuelto para quedarse en Ayamonte un año entero, el corazón se infla de dicha y se sacude a golpes la nostalgia de las miradas, ALE-LUYA!, ¡Cristo ha resucitado! ÉSTE, ES NUESTRO PRINCIPIO.

He dicho.





Agrupación de Cofradías y Hermandades
de la Semana Santa de la Ciudad de Ayamonte



Ilmo. Ayuntamiento de Ayamonte

H DIPUTACIÓN
DE HUELVA